

«No odio a los filósofos, ya que yo mismo enseñé esa disciplina durante cuatro años —decía Piaget en una entrevista—. Pero fue precisamente dando lecciones de filosofía que vi lo fácil que era contar... lo que se quería» (J.C. Bringer: *Conversaciones con Piaget*). Piaget pensaba que la reflexión filosófica es indispensable para cualquier investigación, pero que la reflexión es sólo un medio de plantear los problemas y no una forma de resolverlos, un proceso heurístico y no un medio de verificación. Respecto al principio célebre del oráculo délfico, el *gnothi seaotou*, «conócete a ti mismo», entre otros ejemplos, ha mantenido su vigencia filosófica y humanista a través de todas las culturas, mas si hoy verdaderamente queremos conocernos a nosotros mismos no cabe duda de que las nociones neuroendocrinológicas y el control físico de la mente con aditamentos filosóficos neohumanistas anteceden a cualquier otra admonición discursivo-tradicional.

Sin estar muy seguros de que la configuración tecnocientífica no cree más problemas de los que ayuda a resolver —industria armamentista, contaminación atmosférica, químicas drogadictas, maquinismo, alienación y desempleo, ardidés psicológicos de coacciones publicitarias—, incompetentes respecto a la posibilidad o conveniencia de un retorno a lo «natural», lo cual supondría no la negación de la tecnociencia moderna, sino la negación de toda la aventura evolutiva —es decir, desde que los Agnatha (peces arcaicos sin mandíbulas) iniciaron el proceso hasta desembocar en la extraña variante del *homo sapiens*—, la nueva responsabilidad de algunos «románticos» de la ciencia de exceder su propia esfera de especialización es un indicio favorable¹. Y en este sentido hay que tener en cuenta las ideas de Bohm/Peat. Ellos ven la manera de que la creciente especialización no conduzca siempre a lo fragmentario (rotura), sino a «una extensión del contexto general» y a un enfoque completamente nuevo que denominan «oleada de creatividad», en *Ciencia, orden, creatividad*.

No es desdeñable la sospecha de que cuanto más se desarrollan las ciencias y la tecnología, más peligrosa se vuelve toda la situación (Peat). «Hace aproximadamente un siglo —escribe David Bohm— los beneficios de la ciencia compensaban normalmente los efectos negativos, incluso cuando todo el esfuerzo se realizaba sin atender a las consecuencias a largo plazo. Pero el mundo moderno es finito y tenemos poderes de destrucción. Es evidente que el mundo ha alcanzado un punto sin retorno. Esta es la razón por la que tenemos que *detenernos y considerar la posibilidad de un cambio fundamental y amplio en lo que la ciencia significa*» (cursiva nuestra). Imposible entrar ahora en el sugestivo concepto de «creatividad» desarrollado por los autores. Bástenos la actitud, el propósito y la creencia de que, como en el Renacimiento y su transformación radical que incluía ciencia,

¹ *Interesa acentuar estos perfiles. Se habla con excesiva buena voluntad dicotomizadora del bien y del mal, como si en relación a la especie humana éstos no fueran indisolubles y excrementalmente recíprocos. Sin duda lo más solicitado es el bien y hacia el bien se orientan todos los esfuerzos aparentes, el bien y sus recalitrantes anejos la felicidad, la libertad, la belleza, la paz y el gusto de vivir. En cuanto a preferencias, aquí no hay discusión, aunque la justicia del reparto se quiebre. Sorprende e inquieta pensar que toda acción buena de progreso encierre la contrapartida del mal, y los ejemplos son múltiples, como sólo el posmodernismo y su vieja piedra angular relativista han sabido ver, desde el ya clásico uso del DOT y la matanza del automóvil (5.000 muertos anuales en España) hasta los dramas sociales de longevidad, la ganga radiactiva de la energía nuclear pacífica o las precipitaciones descolonizadoras. A veces no se resiste la tentación de pensar que la mayor parte de los males se deben a la ciencia y a la tecnología, casi exclusivos elementos de transformación verdadera del estado de naturaleza y acicates del fenómeno evolutivo biocultural que, al decir irónico de Reeves, casi más cuenta habría tenido que se quedara en la mariposa. Claro que a partir de ese buen deseo lo mismo da ya la mariposa que nada de Nada. Pero ahora se sabe que la evolución biológica es con-*

arte y una nueva visión de la humanidad, hoy se requiere «una nueva oleada, semejante al estallido de energía renacentista, pero todavía más profundo y extenso». Es el empeño de la posibilidad neohumanista.

La especialización, que puede llevar a fases del contexto general que se inscriben en la posibilidad del nuevo humanismo, tiene diversas manifestaciones, y una de ellas quizá no tan anecdótica como pudiera, parecer pero que desde luego gusta señalar, es cuando el abstruso trabajador de la ciencia en lo más arriesgado de sus cálculos, complejidades y arideces lingüísticas, encuentra repentinamente determinadas afinidades o paralelismos de sentido con la literatura, verso o expresión poética. El psicólogo y biólogo Piaget exclama: «¡Proust es formidable como epistemología!» El astrofísico nuclear H. Reeves, incursionista por la entropía del universo, los agujeros negros y las granjas cósmicas, conmovido por la grandeza y el misterio, titula su libro con palabras de Baudelaire y lo termina con las mismas invocaciones del poeta: «(...) preguntad qué hora es, y el viento, la ola, la estrella, el pájaro, el reloj responderán: ¡Es hora de embriagarse! Para no ser los esclavos martirizados del tiempo, embriagaos sin tregua. De vino, de poesía o de virtud, como gustéis. Pero embriagaos».

Este Reeves, amante de Baudelaire y de la música, descriptor de la organización de la materia, entiende que nuestro esfuerzo por pensar la realidad debe, so pena de fracaso, «integrar todos los logros de la ciencia moderna» (Hubert Reeves: *La hora de embriagarse*). Murray Gell-Mann, premio Nobel de Física, también aprovechó la asociación de un poeta para dar título a su muy importante estudio sobre lo simple y lo complejo *El quark y el jaguar*, así como uno de nuestros destacados antropólogos, Laín Entralgo, que vive con especial hondura el materialismo de la ciencia y el misticismo de la religión, aduce con frecuencia la voz poética, en este caso, por ejemplo, la de Antonio Machado, que también merece el calificativo de poeta-filósofo y humanista de talla.

Personas, talentos, visajes y pretensiones de correspondencia y totalidad configuran el posibilismo neohumanista. Hace más de treinta años Aldous Huxley, resumiendo y estirando los anchos e irresueltos límites polémicos de las «dos culturas» (Snow/Leavis, continuadores de la disputa Matthew Arnold/T.H. Huxley), ya replanteaba en *Literatura y ciencia*, 1963, año de su muerte, la pregunta de cuál debe ser la actitud del literato respecto a las contribuciones científicas en el estudio de los individuos y cómo puede utilizarlas, mejorarlas e incorporarlas a las obras del arte literario. El divorcio arte/ciencia fue una de sus grandes inquietudes y se lanzó a una inteligente comparación expresiva, cognitiva y simbiótica de las dos disciplinas, sin perjuicio, como es lógico, de respetar lo que podemos entender por la privaticidad intransferible e irreductible de cada una de ellas, que

secuencia de otra evolución anterior y menos controlable: la cósmica, el Gran Estallido, el enfriamiento planetario, la conjunción de gases y minerales, y el brote del aire respirable. Recuérdese que ni siquiera Rousseau se planteó que su buen salvaje era ya un dechado evolutivo. Parece que lo único (mucho) que se puede hacer es desechar vacuidades y averiguar con reducidas posibilidades de acierto el orden de probabilidad menos «malo» de todo lo que se preste a descubrir, inventar, innovar, remodelar o conservar, pero a sabiendas de que se necesita una confabulación de saberes operacionales, prácticos y de correspondencia real que incida en los discursos especulativos.

tampoco son excluyentes. «Si la obra de los Hombres de Ciencia —decía Wordsworth— produjera alguna vez una revolución material, directa o indirecta, en nuestra condición y en las impresiones que habitualmente obtenemos (...), el Poeta estaría dispuesto a seguir a los Hombres de Ciencia». En tiempos de Wordsworth esa revolución ya había comenzado, pero Huxley, en general, se pregunta reiteradamente cómo han reaccionado los poetas modernos ante los grandes descubrimientos científicos del siglo, y no halla respuesta óptima: «Sería difícil inferir por sus escritos el sencillo hecho histórico de que se trata de contemporáneos de Einstein o de Heisenberg, de los computadores, los microscopios electrónicos y el descubrimiento de la base molecular de la herencia». A pesar de las complejidades de la genética, la bioquímica y hasta de la biosociología, cuyos especialismos hacen encogerse de hombros al hombre de letras, y a pesar de los laberintos dentro de otros laberintos que revela el análisis científico, la fina inteligencia de Huxley renuncia a la demagogia y deja en pie la enormidad deslumbrante e ineludible de los grandes problemas filosóficos, aunque vistos a otra luz. En cualquier caso, Huxley le atribuyó un enorme potencial poético a los aportes de la investigación científica. Ignorarlos era un acto de cobardía literaria o de ridícula autosuficiencia.

VI.

Puede convenirse en que el interés del neohumanismo no consiste tanto en preocuparse por las reacciones de la literatura frente a las investigaciones científicas como de la mirada global que a partir de la especialización y profundización y por vías de consecuencias lógicas trata de lanzar la investigación científica en sus múltiples facetas sobre las estructuras del mundo y de la vida. El interés neohumanista no es tanto lo que la teología mística y la poesía puedan decir de la psique humana como las comprobaciones empíricas y experienciales de una neurobiología ambiciosa que se quiera trascender a sí misma por vía filosófica y poética, comprobaciones que naturalmente se relacionan con la conciencia, el alma, la ética y otros valores imposibles de soslayar en los extensos estudios del fundamento físico, orgánico, neuronal, celular, humoral, hormonal y molecular de los sentimientos y pasiones humanas, ampliamente alertados ya los experimentadores del peligro reduccionista, pues todavía se está lejos de poder «matematizar» u objetivar al máximo los productos abstractos y culturales del compuesto material.

Claro que si esto no es posible a través de las ciencias naturales, no es posible a través de nada, como recordaba Piaget. Y puesto que nuestro

propósito no va más allá de señalar o redundar en el matiz, en el énfasis de época que subyace a la incoercible pluralidad informativa de a diario, conviene concluir categorizando esta tónica en algunas otras de sus notorias manifestaciones.

El científico ruso nacionalizado belga Ilya Prigogine, químico, físico, teórico de un mundo donde la irreversibilidad y la indeterminación microscópicas son la regla, y la reversibilidad y el determinismo las excepciones, es un buen luchador por la causa neohumanista en tanto que parte de la vieja dicotomía, a combatir, entre las humanidades y la ciencia. Señala que la filosofía formaliza la situación de ruptura cuando abandona a la ciencia el campo del saber positivo y se reserva la «meditación sobre la existencia humana» y todo lo que hay en el hombre susceptible de trascender las determinaciones positivas «naturales». Al cabo de dos siglos aún perdura la división impuesta por Kant entre ciencia y sabiduría, y Prigogine es de los que tienen prisa para que eso termine y, desde un punto de vista científico, cree que hoy se dan las condiciones necesarias para que así sea. «Debemos aprender —arguye— no a juzgar la población de conocimientos, de prácticas, de culturas producidas por las sociedades humanas, sino a entrecruzarlos, a establecer comunicaciones inéditas entre ellos que nos pongan en situación de hacer frente a las exigencias sin precedentes de nuestra época». Esta época, con Monod, ha matado la certidumbre de la finalidad y ningún modelo puede aspirar a ser exclusivo y autosuficiente por completo.

Es un sentir general. Michael Ruse se preocupa porque los filósofos entren en el área de la biología, y viceversa, y a él mismo lo incluimos en el entramado del neohumanismo porque escribe sobre la filosofía de la biología. No todos se muestran tan flexibles y dispuestos a hacer concesiones, que en la aquí manoseada vertiente científica, es el auténtico rasgo del neohumanismo. Francis Crick, refiriéndose al estudio científico de la conciencia, alega que no hay justificación para afirmar que sólo los filósofos pueden enfrentarse a ese problema: «Los filósofos han obtenido unos resultados tan pobres durante los dos últimos dos mil años que más les valdría mostrar algo de modestia en lugar de esa arrogante superioridad que normalmente exhiben», anota en *The Astonishing Hypothesis* (traducción castellana: *La búsqueda científica del alma*, y obsérvese que la falta de cautela procede de la traducción: no es lo mismo la «hipótesis asombrosa» que la «búsqueda científica del alma»).

El físico y bioquímico Crick, famoso (en unión de J.D. Watson) por el descubrimiento de la estructura molecular del ADN, es un experto en el estudio de la «conciencia visual», empeño de saber qué ocurre exactamente en el cerebro cuando se ve algo. En su razonamiento, lo que vemos no es lo que está verdaderamente ahí: es lo que nuestro cerebro cree que está